

PERICO EL DE LOS PALOTES.

DIRECTOR Y PROPIETARIO,

D. J. MOLINA MARTINEZ,
CALLE DE SAN LORENZO, NÚMERO 6.

¡VIVA LA DEMOCRACIA!

ADMINISTRADOR,

D. VENTURA TORNEL,
CALLE DE SAN LORENZO, NÚMERO 6.

SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS.

ADVERTENCIA.

PERICO, con todo el respeto y consideracion debidos, ruega á los suscritores de fuera se sirvan enviarle sin demora el importe de las suscripciones.

LA IGLESIA

Y LA CIVILIZACION.

IV.

El gran sentimiento que dominaba de una manera indecible á los bárbaros, era una *necesidad moral* que los ponía en constante y perpétuo movimiento. Dificilísimo es que podamos representar con vivos y evidentes caracteres toda la violencia, toda la gran energía, con que aquel sentimiento obraba en aquella inmensa masa de hombres, rodeados, como nos encontramos hoy, de una sociedad *regularizada y uniforme*. Solo existe una obra, en la cual se encuentra ese carácter distintivo de la barbarie representado con exactitud y una naturalidad verdaderamente homéricas, *La historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*, escrita por Mr. Thierris. En ninguna otra obra ha podido comprender ni sentir mejor el que escribe estas líneas lo que se llama la existencia de un bárbaro.

En las novelas de Cooper sobre los salvajes de América se encuentra al-

guna semejanza, pero de un modo menos verdadero, segun nuestra opinion. Es verdad que los cuadros trazados por Cooper tienen algo de ideal y de poético, pero carecen de esos rasgos rústicos, de esas tintas melancólicas, que, la natural rudeza de aquellas gentes, debian presentar en su vida á cada paso, y que demuestran sus costumbres. Y aún prescindiendo de los grandes males que entrañan y acarrear al estado social semejantes costumbres; si nos fijamos en la interior é individual situacion del bárbaro en sí mismo, observaremos en esa *necesidad* de pasmosa independencia *algo de mas material, algo de mas grosero*, de lo que se desprende aún de la misma *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*, porque en los bárbaros del Norte dominaba cierto grado de brutalidad. cierta propension á la embriaguéz, cierta indolencia y apatía, que no se vén fácilmente representadas en aquellas narraciones; sin embargo, en esta mezcla confusa de brutalidad y de estúpido egoismo, se comprende que aquella gran pasion por la independencia, es un notable sentimiento, hijo del natural placer que todos sentimos de conocernos hombres, del natural orgullo de comprender toda su dignidad y el poder del libre desarrollo de todas sus facultades.

No hay que dudarlo; la moderna civilizacion «debe á los bárbaros germanos ese sentimiento desconocido enteramente por los romanos, por la Iglesia y por casi todas las civiliza-

ciones antiguas. Cuando se encuentra en estas la libertad haciendo algun papel, debe entenderse la libertad política y la libertad del ciudadano: esta era la que le movía y entusiasmaba, no su libertad personal. Pertenecía á una asociacion, (entiéndanlo bien los hombres libres de esta localidad) se hallaba consagrado á una asociacion, y estaba pronto á sacrificarse por una asociacion.»

«Así sucedía en la Iglesia cristiana: entre los fieles reinaba un vivo apego, un acatamiento rendido, un abandono completo hácia sus leyes, un empeño fortísimo de estender y dilatar su imperio. Otras veces el sentimiento religioso conducía al hombre á ejecutar una reaccion sobre sí mismo, y sobre su alma: á sostener una lucha interior, para sojuzgar su libre albedrío, y someterlo á las inspiraciones de su fé.»

«Empero el sentimiento de independencia personal, ese anhelo de libertad que agita los corazones, que se desarrolla con fuerza, sin otro objeto, ni otro fin, que el de complacerse, y de gozar este sentimiento, era desconocido entre los romanos: este anhelo no tenía cabida entre los fieles primitivos. Los bárbaros lo llevaron consigo: su gérmen fué depositado por ellos en la cuna de la civilizacion. Tan descollante papel ha representado en ella; tan hermosos resultados ha producido, que es imposible dejar de reconocerle como uno de sus primeros principios.»

J. Molina Martinez.